

EDITORIAL

¿El olimpismo en crisis?

De un tiempo a esta parte se suceden con inusitada frecuencia, hechos que alteran y ponen en entredicho el inmaculado y al parecer bien fundamentado prestigio deportivo y sociológico de los Juegos Olímpicos. Para el espectador imparcial, — ajeno a los quehaceres del máximo organismo olímpico o de las federaciones internacionales —, resulta sumamente difícil llegar a comprender las motivaciones responsables de los hechos a que hacemos mención, pero sí le es fácil percatarse de que el movimiento olímpico se mantiene en un equilibrio inestable al que en nada beneficia una serie de anómalas situaciones de las que sólo unas pocas y más recientes van a servirnos de ejemplo y comentario.

Hace muy pocos días, y en ocasión de los ya finalizados Juegos Olímpicos de Invierno, nos llegó a todos la noticia de la desagradable pugna surgida entre el Presidente del C. O. I., Mr. Avery Brundage, y los deportistas participantes en dichos Juegos, a raíz del supuesto atentado que contra el espíritu olímpico podía suponer la exhibición, en reportajes gráficos o televisados, de las "marcas de fábrica" en los esquís. Sin pretender decantarnos por una u otra opinión, pues en principio ambas pueden ser perfectamente respetables, si nos llama la controversia que supone el puritanismo a ultranza, llevado a su más alta expresión en esta ocasión, frente a la consentida, reiterada y excesiva publicidad que manifestaciones deportivas de todo tipo y a cualquier nivel, brindan a casas comerciales con escasa o nula relación con el deporte. No llegamos ciertamente a comprender el por qué de una intranquilidad en aras de un mejor espíritu olímpico, — de cuya honradez de intención no dudamos en absoluto —, se queda reducida a una medida unilateral contra los fabricantes de esquís; porque deportes olímpicos son el baloncesto y atletismo, pongamos por ejemplo, y todos sabemos por las mismas fuentes de información publicitaria, — que en el caso que nos ocupa les fue negada a aquéllos —, la "marca comercial" patrocinadora de equipos o la del que les confecciona su calzado de competición... Nos gustaría conocer la opinión que a la Federación Internacional de Esquí le mereció esta severa y rotunda medida tomada por el Presidente del C. O. I. ¿Es que existe un divorcio ideológico con respecto al olimpismo entre C. O. I. y organismos federativos? ¿Se trata de una decidida y compunitaria tarea por revalorizar el espíritu olímpico aceptada por todos los miembros del C. O. I., o es simplemente el sueño irrealizable de un solo hombre aferrado al ideal couvertiniano?... El tan traído y llevado tema del "amateurismo" y el "profesionalismo" creemos es piedra angular en esta manifiesta disidencia entre organismos rectores, grupos deportivos y deportistas.

Recientemente también, y en el mismo escenario y con parecidos protagonistas, se representa ante el gran público otra desagradable versión del deporte: Me refiero a la enconada discusión suscitada en torno a la dudosa descalificación de algunos participantes en disciplinas alpinas. Sin pretender tampoco discutir la legalidad o ilegalidad de tal medida, — ni nos incumbe ni poseemos elementos de juicio suficientes para juzgarla —, si nos parece lamentable que lo que es pura y simple manifestación en noble competición deportiva, se convierta en un áspero y duro intercambio de injuriosos epítetos de honda raíz callejera... ¿Es que el "chauvinismo" a ultranza de unos puede ser capaz de llegar a mixtificar los resultados de una competición deportiva, comprando incluso las libres decisiones de un jurado? ¿Es que para otros, el espejuelo de una posible victoria fue capaz de deslumbrarles de tal modo que impidió aceptar noblemente la realidad de una derrota? ¿Es que es preciso, en aras de una mayor espectacularidad, ahogar la espontaneidad y belleza natural del hecho deportivo con luminarias, fanfarrias y banderías nacionalistas?... La consabida mezcla de lo que es libre manifestación de la actividad humana con la absurda invocación del "honor nacional", creemos también es importante motivación en estas posturas tan al margen de lo puramente deportivo.

Hace bien poco tiempo surge otro espectacular "affaire" olímpico que, al salir este número, posiblemente aún no haya encontrado una satisfactoria solución: De una forma u otra la piedra del escándalo ya ha sido lanzada. La admisión de Sudáfrica en el seno del Comité Olímpico, y por tanto su posible participación en los Juegos de Méjico — si es invitada por el país organizador —, ha provocado como una reacción en cadena, el "boicot" del bloque africano y de algunos países árabes a los Juegos, temiéndose que esta postura sea adoptada también por otros países europeos y asiáticos (siempre según notas de agencias informativas). Sin meternos en la bizantina discusión sobre las razones socio-políticas del "appartaid", si queremos alzar nuestra voz de protesta por la reiterada intromisión de intereses políticos en actividades que debieran estar al margen de ellos. ¿Es que es lícito privar a unos hombres de acudir a la cita universal de la Olimpiada por imperativos de una absurda y cazarra lucha de razas o de religiones? ¿Es que el C. O. I. no llegó a pensar que una medida adoptada alegremente y a la ligera, podía ser la chispa que consumiera en cenizas unos Juegos Olímpicos, antes de haberse iniciado?... En resumen, el HOMBRE y su libertad, nuevamente escarnecidos en beneficio de intereses de grupo.

Podríamos ciertamente seguir con la triste relación de situaciones anómalas y deshonestas que menoscaban la ejemplaridad que como manifestación comunitaria poseían los Juegos Olímpicos, mostrando nuestra total repulsa a un ritual, hermoso por su significado y contenido, pero lamentablemente mixtificado; pero preferimos seguir codo a codo con los miles y miles de hombres que ven esperanzados un horizonte de cinco aros entrelazados, haciendo realidad en cada uno de ellos el lema olímpico "Citius, altius, fortius".

J. G.